

vecinos. Vieron primero una faja de hormigas negras que pasaba más allá del cerro de San Juan, situándose á distancia conveniente para no ser ofendida por los tiros de la plaza. Sucedió á aquella interminable fila oscura, apenas iluminada por los destellos metálicos que sacaba el sol á las que parecían armas, un destacamento de caballos ruines y chiquitos. Lejos de observarse la uniformidad que en la masa negra, que había ido desenvolviéndose con orden y con cautela que asombraban, la caballería ostentaba multitud de colorines en trajes y mantas, notándose el desorden del grupo en que los caballos entraban y salían á voluntad, cual si los jinetes fueran locos.

— Debe de ser el señor Márquez, que trae su lucidísima tropa, decidió con autoridad Sedeño, quitándose de la vista el antejo con que había estado mirando.

Nueva invasión de manchas negras y un corto contingente de caballería.

— Los franceses son muchísimos; pero los mexicanos, aunque pocos, hacen un papel muy lucido entre ellos, insinuó el casullero.

— Deben de ser los del señor general Taboada, que forman la *Legión de honor*, repuso Tirso... Vea usted; don Leonardo ocupa la garita del Pulque, y don Antonio sirve de punto de unión á los generales que tienen ocupada la Manzanilla.



— Por acá, por el Tepotzúchitl vienen más, dijo asombrada Rebeca.

— Muchos son, se extienden por más de una legua, y de seguro es tropa escogida, porque marcha tras ella numerosa caballería mexicana... Ya pasan el puente de Totimehuacán, se estacionan en San Bartolo y dejan pasar adelante á los jefes mexicanos.

— Arriba de Tepotzúchitl hay más, dijo Eugenia, pero estas no son hormigas negras, sino rojas.

— También hay de esas hormigas en Amalucan, agregó Rebe.

— Qué, ¿será un millón de hombres? preguntó Eufrasia Sedeño, que no había despegado los labios.

— Son treinta y tres mil, niña, respondió sonriente Córdova; pero ya con ellos tendrán para rato los de dentro, que no llegan á veinte mil y que han hecho ó van á hacer salir las caballerías.

— Esta noche se acuerdan de mí, tendremos el asalto, exclamó Sedeño con autoridad; mañana está Puebla en poder de la buena gente.

Extendió Córdova la mano para ayudar á las niñas, y dijo, al bajar la escalera:

— Quisiera ver aquí al viejecito Romo, para que me dijera qué le parece este heroico alarde de los franceses, que vienen resueltos á tomar el reducto de la impiedad, pero que, prudentes como son, prefieren la calma y la

serenidad, al ardimiento y á la furia. Fácil le sería al señor Forey tomar á Puebla el día de la fiesta del Príncipe imperial; pero procediendo como diestro capitán y cuerdo político, ha preferido no exponerse á un fracaso.

— ¿De manera que usted no cree en el asalto? preguntó furioso don Bernabé.

— No, señor don Bernabé; creo en un sitio formal.

— Pues yo sí creo en el asalto, exclamó el viejo; es una idea mía, y una idea, una corazonada, pocas veces fallan.

Toda la noche soñó don Bernabé en el asalto. El paso de trenes por la calle, los tiros que se escapaban á una avanzada, la escolta del general de día, que pasaba haciendo sonar las herraduras de los *cuacos* en las losas de la calle, se le figuraban nuncios del asalto, consecuencias del asalto ó el asalto mismo.

— ¡Parece que se baten en Totimehuacán! gritaba á las niñas.

— ¡Está muy reñido el fuego por San Javier!

— ¡Caramba con Loreto! ¡se defiende bien el maldito!

— ¿Oyen toque de parlamento?

— Esa corneta anuncia: «alto el fuego».

Las muchachas le decían que escuchaban todo; pero en realidad oían menos que el desvelado sacristán.

Al día siguiente, luego que se levantó, la primera diligencia del casullero fué tomar lenguas de lo aconte-



cido en la noche. Todo estaba en paz; no había síntomas de combate ni se sabía que hubiera pasado nada.

Subió Sedeño á lo alto de la torre, y se convenció de que el ejército francés establecía campamentos en San



Baltasar, Tepotzúchitl, cañada de San Bartolo y molino del Agua azul. Al principio se le figuró una nube, luego rastro de tropa que pasaba, después se convenció de que lo que veía, era la huella de innumerables carros que daban la vuelta del camino de Amozoc al cerro de San

Juan. Iban de dos en dos, de cuatro en cuatro, de diez en diez, cargados hasta los topes y guiados por trenistas cuya figura se distinguía entre una aureola gris.

Contó Sedeño hasta cien carros, se interrumpió un poco y vió cien más; siguió en la observación y acabó por ver más de quinientos. Todos iban al cerro de San Juan, donde Forey había establecido su Cuartel general.

— Pues sitio tenemos, pensó tristemente el viejo... sitio, y quién sabe para cuánto tiempo... Dios nos coja confesados; el Señor y la Guadalupana nos favorezcan... Nunca se había visto una cantidad tal de gente sobre Puebla; ni cuando Orihuela, ni cuando Comonfort, ni cuando Santa Anna... Malo está esto... Que Dios nos coja confesados.

Y bajó despacio el caracol de la iglesia.

Tirso había tendido el paño en el púlpito de la casa, y explicaba no sé cuántos primores, cuando el affligido Sedeño llegó de vuelta de su excursión.

— Vendrán á libertarnos; pero quién sabe á cuántos nos descrismen esos libertadores benditos... Mi esperanza es que las fortificaciones se vengán al suelo á la primera embestida.

— No lo crea usted, repuso Tirso, contentísimo de relatar las cosas que creía saber al palmo. La fortificación es ahora, si no perfecta, sí respetable; se ha hecho á costo



y costas, trayendo indios de todos los lugares cercanos y gastando buen dinero en la labor.

— Pues hace pocos días no opinaba usted así, Rafaelito.

— Realmente, me figuraba la cosa más sencilla de lo que es en efecto; pero he conferenciado con gente que sabe, me han explicado el sistema que se ha puesto en vigor, y la verdad es que va á costar trabajo roer el hueso... No hay que ser optimista ni hay que hacerse ilusiones; hay que ver las dificultades de frente.

— Y la cosa resulta más triste si se tiene en cuenta que los pelados han puesto su trabajo en las obras, organizando *faenas* en que llevaban cal, arena y piedras que no han de haber contribuído poco al levantamiento de las fortificaciones, apuntó don Bernabé.

— ¡*Sancta simplicitas!* exclamó el de Córdoba.

— Pero á ver, hombre, cuente usted esos primores, que ya ardo en deseos de saber qué obras son esas.

— No serán primores, dijo sentenciosamente el michoacano, porque ni esto es un Gibraltar, ni Colombres es un Vauban ó cosa parecida; pero la verdad es que para trabajo de progresistas, no es del todo detestable...

La primera línea comprende los fuertes de Loreto y Guadalupe, con una flecha entre ambos formada por las iglesias de San Antonio, San José, el Calvario, la Misericordia, la iglesia y la quinta de Xonaca. Manda la

sección don Felipe Berriozábal, é Hinojosa tiene el cuidado del fuerte de Loreto, Gayoso del de Guadalupe y Osorio del de la Misericordia.

La segunda línea la manda La Llave, con los dos fuertes de los Remedios y Totimehuacán, encomendados el primero á Pinzón y el segundo á Patoni. Comprende las iglesias de Analco, la Cruz y San Francisco, así como el rancho de la Rosa y todo el espacio entre el río de San Francisco y la carretera de Amozoc.

Alatorre, *Milagrito*, es el jefe de la tercera línea de fortificaciones; el italiano Ghilardi manda el fuerte del Carmen, y don Miguel Auza el del Parral. Los puntos defendidos son la Soledad, el Molino, el rancho de la Magdalena, los Gozos y la iglesia de Santiago.

La tercera división está encargada de la última hilera de puntos fortificados. La rige Antillón y comprende San Javier y Santa Anita, el primero á las órdenes de Macías y el segundo á las de Rojo. Tiene en su recinto las iglesias de Guadalupe, San Marcos, San Pablo de Naturales y el Refugio.

El perímetro interior lo tiene á su cargo Mejía, que manda una brigada suelta. Abraza el primer frente la trinchera de la calle de Mesones, al oriente de la ciudad, hasta la de San Jerónimo, en la misma dirección; el segundo, desde el colegio del Hospitalito hasta la Concordia, rumbo al sur; el tercero, hacia el poniente, se



extiende desde la calle de la Siempreviva hasta la Puerta falsa de los Gallos; el cuarto, desde la plaza del Mercado á la Puerta falsa de Santo Domingo; el quinto, de la plazuela de San Luis á la calle de Santa Teresa, rumbo al norte.

Además, todas las casas que se considera pueden cooperar á la defensa, están aspilleradas; las calles desembaldosadas, destruídos los jardines y todo en el estado de desolación más completo... Así se hacen las justicias liberalescas...

— Pues señor, vamos á quedar guardados como en un baúl.

— Ni tan guardados; hoy me contaba un amigo que habían sido aprehendidos un correo que sacaba cartas que persona de aquí dirigía al señor Forey, y un sargento de Márquez, que quiso comunicarse con los sitiados, excitándoles á que dejaran sus banderas. Uno y otro fueron marcados con una T de hierro candente, que abrevia la palabra *Traidor*.

— ¡Qué escándalo!

— Conque, vaya usted atreviéndose, no á comunicarse con la buena gente, sino á manifestar que simpatiza con ella, y ya tendrá para rato.

— ¡Válgame la Virgen de la Manga!... A bien que nosotros estamos garantizados; Miguel Caballero, cuando sepa que andamos en líos, no dejará de ayudarnos...

— Fíese en Caballeros y no corra...

Las muchachas empezaron á llorar silenciosamente, el contrito Sedeño se quedó meditando con las manos en las quijadas, y Tirso salió satisfecho de haber metido en un puño el corazón de aquellas buenas gentes.

